

CARMEN KORN

TIEMPO DE MUJERES

HIJAS DE UNA NUEVA ERA II

Una emocionante saga sobre cuatro mujeres que se enfrentaron a los momentos cruciales del siglo XX con la fuerza de su amistad



CARMEN KORN

TIEMPO DE MUJERES

Hijas de una nueva era II

Traducción de María José Díez Pérez

 Planeta

Título original: *Zeiten des Aufbruchs*

© Rowohlt Verlag GmbH, Reinbek bei Hamburg, 2017

© por la traducción, María José Díez Pérez, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

La página 571 es una extensión de esta página de créditos.

Primera edición: noviembre de 2020

ISBN: 978-84-08-23453-1

Depósito legal: B. 14.936-2020

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rodesa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

MARZO, 1949

Los ladridos del perro sonaban tan cerca que Theo se asomó a la ventana para ver el jardín. Allí apenas se dejaba intuir la primavera tras un invierno que había sido sumamente frío y que aún no había abandonado los primeros días de marzo. Sólo los gorriones gorjeaban en el pelado arce, sin dejarse perturbar por los graves ladridos.

Y a él, ¿lo importunaban? El dogo era de los vecinos, que se habían instalado en la casa de al lado a principios de año. Personas agradables, familiares del propietario anterior, ya fallecido. En los tiempos que corrían era toda una suerte tener un tejado intacto sobre la cabeza. Para él; para Klaus, el hijo de Henny, que vivía en su casa; para la familia de al lado.

No, los ladridos no molestaban a Theo Unger, aunque hasta ese momento en su vida no hubiese habido ningún perro, ni en Duvenstedt, el pueblecito donde había crecido, ni durante los años que había vivido con Elisabeth en aquella casa de la Körnerstrasse, cerca del Alster. Y eso que un perro elegante habría encajado con la mujer con la que había estado veinticuatro años casado.

Tenía la idea de que nunca era tarde para empezar de nuevo, así que ¿por qué no dejar que entraran en la casa un poco de ruido y unos cuantos ladridos? A Theo lo que de verdad lo importunaba era el silencio, ya que entonces lo asaltaban las sombras y le hablaban de aquellos a los que había perdido.

Justo entonces se oyó otro sonido estridente: la ruidosa bocina de un coche, casi como un toque de clarín. Theo dejó el vaso en la mesita que había junto al sillón de piel y en el recibidor coincidió con Klaus, que había bajado de su habitación, en la primera planta, para abrir la puerta.

—Menudo coche —alabó Klaus—. Mira, y ha aparcado justo delante de casa.

Theo apenas daba crédito cuando vio que del coche bajaba Garuti, Alessandro Garuti, que ahora tenía más años, como todos ellos, pero conservaba el porte distinguido de siempre.

—*La brava* —dijo Garuti acariciando el capó del Alfa Romeo que lo había llevado de San Remo a Hamburgo pasando por Niza, Lyon y Alsacia—. ¡Sorpresa!

Fue hacia Theo, risueño, y lo abrazó. También el italiano pensó que su viejo amigo apenas había cambiado. Era la primera vez que se veían después de la guerra. Y resultaba extraño no encontrar a Elisabeth junto a Theo, aunque Garuti hacía tiempo que sabía, puesto que habían hablado por teléfono, que ella lo había abandonado el verano de 1945 para irse a Bristol con un capitán inglés.

Ahora, al lado de Theo se hallaba el joven que hacía que la vida de su amigo fuese menos solitaria: Klaus. Un nombre corto. Alessandro Garuti amaba la lengua alemana, si bien a veces se le antojaba un tanto monosilábica. Rodolfo, en cambio, era como música para sus oídos. Rudi, su hijo y heredero.

Garuti entró en la villa de una planta con el tejado abuhardillado y el rosal. Cuán grato era volver a ver todo aquello. Ya había alcanzado los setenta años, y confiaba en vivir aún mucho tiempo para disfrutar de la paz. Hasta 1940 no había sabido que era padre de un hijo hecho y derecho: Rudi había sobrevivido a la contienda, pero seguía siendo prisionero de guerra, y se hallaba internado en un campo de presos ruso en los Urales. Ojalá volviera pronto.

—Ciertamente es una sorpresa, Alessandro. Esperábamos verte en mayo, no ahora, con este frío —comentó Theo una vez que los tres estuvieron ya en el salón.

—No aguantaba más. Tal vez pueda ponerme en contacto con Rudi desde Alemania.

Theo Unger pensó que el diplomático jubilado y antiguo agregado cultural de la embajada italiana en Berlín albergaba demasiadas esperanzas, pero no dijo nada. En su lugar sirvió un vino tinto del Ahr ligero y bien atemperado para darle la bienvenida.

No tardarían en abordar las tristes verdades. Käthe, la mujer de Rudi, y Anna, su madre, también habían desaparecido cuando acabó la guerra. Había días en los que Theo temía que Henny se hubiese equivocado cuando, la Nochevieja del año anterior, había creído ver a su amiga tras una ventanilla del tranvía de la línea 18. Käthe seguía en paradero desconocido.

—Vaya, tenéis perro —observó Alessandro Garuti, que se había acercado a la ventana y miraba el jardín trasero.

Theo y Klaus se unieron a él y se quedaron pasmados: el dogo estaba en uno de los arriates y movía el rabo. ¿Había saltado el seto?

—*Goliath* —lo llamó una voz desde el jardín contiguo.

El perro los miró una vez más y dio media vuelta, atravesando el seto de boj. Daba la impresión de que *Goliath* pensaba en utilizar la brecha que había abierto muy a menudo.

—*Il cane ha sorriso* —comentó Garuti: el perro había sonreído.

Ese domingo de marzo Henny estaba de guardia en el paritorio y sólo nacían varones, uno de los milagros de la naturaleza después de una guerra: el sexo masculino hacía todo lo posible para

recuperar las grandes pérdidas que se habían sufrido en los campos de batalla de todos los países.

Henny Lühr acomodó al pequeño en brazos de su madre: una primera toma de contacto antes de que el recién nacido pasara a la sala de lactancia. A menudo las mujeres estaban exhaustas en esos momentos, pero algunas no querían separarse de la personita a la que acababan de traer al mundo. En ese sentido, un parto en casa hacía que la confianza por ambas partes naciese mucho más deprisa, aunque también entrañaba más riesgos.

Su madre, Else, la había tenido a ella en casa; al padre de Henny se le cayó el azucarero al suelo de puro nerviosismo. «Eso es que va a ser niña», aseguró la matrona, y retiró del fogón la cacerola con agua caliente.

En cambio, Marike, la hija de Henny, había venido al mundo en la Finkenau, en 1922; ya entonces la casa de maternidad gozaba de una excelente reputación. Klaus también había nacido en ese mismo sitio, nueve años más tarde, y ahora veía la luz del sol toda una nueva generación de posguerra que ojalá tuviese la oportunidad de vivir tiempos de paz duraderos.

Henny miró el gran reloj de la pared del paritorio: en muy poco rato, en cuanto finalizara su turno, podría sacar la ensalada de patata de la nevera del cuarto de enfermeras e ir a ver a Klaus y a Theo. Sin pasarse antes por la Schubertstrasse, donde volvía a vivir con su madre desde que los bombardeos de julio de 1943 destruyeran su casa. Si se dejaba caer por allí, Else se pondría de morros cuando supiese que no iba a pasar la tarde con ella.

Klaus, de diecisiete años, tenía una habitación propia en casa de Theo. A Theo le habría gustado que Henny se instalase con ellos, pero, por una vez, ella no quería precipitarse. Todo había ido demasiado rápido, sobre todo el amor.

Vio que Gisela se hacía cargo del recién nacido para llevarlo a la sala de lactancia. La placenta se había desprendido a los diez minutos, no se esperaban complicaciones, pero, para ir sobre seguro, Gisela no perdería de vista a la madre durante la siguiente hora y media.

Había algo en la joven comadrona que a Henny le recordaba a Käthe, aunque Gisela tenía el cabello cobrizo y pecas. Probablemente fuera su testarudez. El joven doctor Unger había apodado a Käthe «La contestona», años atrás, cuando ésta empezó con Henny su formación para convertirse en comadronas en la Finkenau.

El día anterior había visto que Gisela se metía en la bolsa de la compra una pastilla de jabón Sunlicht. El jabón era propiedad de la clínica. Al parecer, Gisela no se había dado cuenta de que la observaban.

En su día Käthe birlaba escamas de chocolate y paquetitos de porciones de mantequilla en la cocina del ala privada, y, aunque lo había sabido todos esos años, Henny no había dicho nada.

No, el día de Nochevieja no se había equivocado, aunque Theo empezase a pensarlo. Käthe iba en el tranvía, se miraron. Pero, debido a lo inesperado del momento, Henny no pudo subirse al vagón, la campanilla que indicaba que el tranvía iba a arrancar había sonado hacía rato; por ahora ella seguía oyéndola. Salió corriendo torpemente por los adoquines mojados, pero el tranvía de la línea 18 se alejaba de la parada del puente de Mundsburg.

«Una alucinación —diagnosticó Theo—. Una alucinación fruto de la esperanza.» Pero Henny seguía viendo la cara de susto de Käthe. No habían sido imaginaciones suyas. ¿Por qué se había asustado su amiga cuando por fin habían vuelto a verse? Se conocían desde que tenían siete años, ¿por qué después

de ese inesperado encuentro Käthe no había acudido a ella? ¿Por qué se escondía? No había ni rastro de Käthe en todo Hamburgo.

Desde entonces habían pasado un enero, un febrero y trece días de marzo. La idea de que Käthe había sobrevivido no sólo al campo de concentración de Neuengamme, sino también a las marchas de la muerte que se vieron forzadas a emprender cuando lo evacuaron, en un principio llenó de una dicha incontenible a Henny, pero ahora sólo sentía confusión y una corazonada que se negaba a admitir.

La puerta se abrió y Gisela volvió al paritorio con el doctor Geerts.

—¿Quiere que la lleve, Henny? Voy a Winterhude, puedo dejarla en la esquina de la Körnerstrasse.

Geerts ya llevaba allí algún tiempo, casi tanto como Theo, que era uno de los médicos jefe desde hacía años, aunque probablemente nunca llegase a ser director de la clínica. Tal vez porque no creía en las jerarquías.

—¿Cómo sabe que quiero ir ahí? —preguntó Henny.

—Sólo era una suposición —respondió Geerts, esbozando una sonrisa.

Pese a que no tuvo que andar mucho hasta la casa de Theo, el viento frío hizo que a Henny se le enrojeciese el rostro. De no haber efectuado la mayor parte del trayecto en el nuevo Ford de Geerts, ese día en que tan poco faltaba para la primavera le habría dejado escarcha en las pestañas. Klaus fue a la puerta y le cogió la ensalada.

—Tenemos visita, mamá —informó—. Alessandro Garuti ha venido de Italia.

En ese preciso instante Theo salió al recibidor y, tras hacerse

cargo de su abrigo, la tomó de la mano y la llevó al salón. Garuti, que se había levantado, fue a su encuentro.

Henny sintió un instante de turbación cuando le presentaron por sorpresa a un gran admirador de la primera esposa: Elisabeth era muy superior a ella en gracia y elegancia. Pero el distinguido *signor* Garuti, que estaba delante de Henny, era el padre de Rudi y el suegro de Käthe, y eso hizo que se sintiera menos cohibida.

Si probablemente a Elisabeth le hubiese besado la mano, Henny se alegró de que a ella tan sólo se la estrechara con firmeza, un gesto de bienvenida cordial y afectuoso. Le agradó en el acto Alessandro Garuti, que tanto le recordaba a Rudi. Ojalá al menos él volviera a estar con ellos.

Cuando se sentaron a la mesa a cenar, la conversación no tardó en girar en torno a Rudi, Käthe y Anna. Garuti sabía del fugaz encuentro la tarde del día de Nochevieja.

—Me figuro que habréis acudido a todos los organismos oficiales de la ciudad —comentó, y le vino a la memoria el día que acudió al registro civil del distrito de Neustadt para comprobar los datos del año 1900 y así supo del nacimiento de su hijo y también de la muerte de Therese, la madre de Rudi.

—No hemos dejado tierra por remover —repuso Klaus.

—No está inscrita en ninguna parte. Ni siquiera en los alrededores de Hamburgo —añadió Theo.

—Con lo cual tampoco podrá tener cartilla de racionamiento —señaló Henny. ¿Cómo iba a poder sobrevivir así?

Cada uno de ellos miró su plato en silencio.

—Käthe iba en ese tranvía —aseguró Henny.

—¿Es Henry Vaughan Berry el actual gobernador civil de Hamburgo? —quiso saber Garuti.

—¿Lo conoces? —Theo miró a Garuti con cara de asombro.

—Un viejo amigo mío estudió con él en Cambridge. Eso fue

antes de que estallara la Primera Guerra Mundial, pero siguieron en contacto.

—¿Qué puede saber Berry? —planteó Klaus.

—Veremos —respondió Garuti con un suspiro—. Es como buscar una aguja en un pajar, pero bueno.

Else Godhusen había leído el consejo en *La inteligente ama de casa*, la hojita que el tendero le deslizaba por el mostrador. No costaba nada y daba muy buenos consejos, como, por ejemplo, cómo vencer la soledad cuando una estaba en casa sola por la tarde.

Era sencillo: hacer como si fuese a cenar contigo el emperador de China. Acicalarte. Cubrir el hule con un mantel. Añadir una copa de cristal tallado de la cristalería buena. Levantar la copa con el vino del Rin de cuatro marcos con noventa y cinco y comer un huevo relleno con un poco de caviar.

«Y estar sola», pensó Else, y se enfadó cuando se manchó la blusa de seda con mayonesa. La radio, que se suponía que debía encender, tampoco ayudaba, ni siquiera la animada velada de la NWDR. Aunque quizá fuese Thies, el marido de su nieta Marike, el creador del programa.

Tenía setenta y un años ya, y era viuda desde los treinta y cuatro. Viuda de guerra. Ahora volvía a haberlas, y en abundancia, y también novias de guerra. Qué idea más absurda, como si las mujeres quisieran casarse con la guerra, en lugar de con ingleses o americanos.

Else se levantó y sacó la pastilla de jabón del mueble del fregadero. Sería mejor que se quitara la blusa y se pusiera la bata. Los demás consejos de *La inteligente ama de casa* eran más útiles: corteza de roble para los sabañones, o un patrón para confeccionar cazadoras para los chicos, aunque Klaus ya era demasiado alto para las medidas que facilitaban.

Pasaban de las diez y Henny todavía no había vuelto. El doctor Unger era un caballero, pero la relación que mantenían esos dos no se podía decir que fuera decente. Antes la gente siempre se casaba, incluida Henny. Que Klaus viviera con el médico en lugar de dormir en su casa, en la cama plegable de la salita, estaba muy bien, y Klaus era mucho mejor estudiante desde que tenía su propio cuarto. Pero la familia debía permanecer unida, y otros vivían en agujeros, en sótanos expuestos a las corrientes de aire, y aguantaban juntos sin quejarse.

Else Godhusen se frotó la mancha de salsa, enfurruñándose más mientras lo hacía. Quizá un brandi le hiciera bien. Desde luego, la blusa no, que poco después colgaba mojada en su percha. Sin embargo, necesitaba más consuelo del que le proporcionaría un vasito de vino. Else fue a la salita y sacó una copa de coñac del armario para que la exquisitez de la velada no se perdiera del todo. Se sirvió una buena cantidad y volvió a la mesa de la cocina.

¿Dónde estaría Käthe, teniendo en cuenta que Henny la había visto? Ahora en casa de los Laboe vivía una familia que lo había perdido todo en los bombardeos, las mujeres refugiadas habían seguido su camino. Else sacudió la cabeza. Le vino a la memoria Ernst, el hombre del que se había separado Henny. Eso también era nuevo, el divorcio.

Si Käthe estaba allí, ¿por qué no daba señales de vida? Sabía perfectamente dónde encontrar a Henny. Else se sirvió otro brandi.

Y la asaltó la imagen de enero de 1945: Ernst asomado a la ventana, mirando sin parar la casa de los Laboe. Pero ¿qué tenía que ver eso con que Käthe no apareciera?

La sinfonía del terror de los primeros días de evacuación del campo. Las voces frías de los SS: «Daos prisa, hatajo de desgra-

ciados». Disparos. El arrastrar de pies de quienes aún tenían zapatos, a menudo trozos de madera que habían afianzado a las plantas con cuerdas. El paulatino silencio de los pobres diablos que emprendieron la marcha.

Durante noches interminables, Käthe sólo vio ante sí la carretera, una larga cinta gris de desesperación. La abandonaron las fuerzas que le quedaban, apenas tenía espíritu para seguir adelante.

Y, a pesar de todo, logró alejarse de esa comitiva de fantasmas. Se agazapó en la cuneta y se escondió entre las matas para, más tarde, cuando el tren que llevaba a los prisioneros al campo de Sandbostel estuvo lo bastante lejos, escabullirse en la oscuridad hasta llegar a una cabaña que se alzaba aislada en el desierto paisaje.

Para intentar sobrevivir en algún lugar entre Hamburgo y Bremen.

Käthe soltó la risilla bronca a la que se había acostumbrado. ¿Por qué esa noche le venía a la cabeza todo ese horror? ¿Porque había perdido su trabajo, habían descubierto y arrestado al médico? El médico que ayudaba a las mujeres a librarse de los hijos que no querían. No había revelado el nombre de su ayudante. Todavía no.

De comadrona a ayudante de un abortero clandestino. «Rudi, si lo supieras, te revolverías en la tumba.» ¿Dónde estaría enterrado? ¿En algún lugar de Rusia? ¿Ante las puertas de Berlín? No se hacía ilusiones de que siguiera con vida. En primavera de 1948 acudió una vez más al servicio de búsqueda, pero allí no disponían de información sobre él. Se limitaron a mirarla con cara de asombro cuando Käthe se negó a dar su nombre y su dirección. Mejor no hacerse ilusiones. Las ilusiones hacían enfermar a uno. Más aún.

No, Rudi ya no vivía.

Aunque se encontraba sola en la cabaña, cogió impulso para hacer un gesto que subrayara ese hecho: Käthe tiró de la mesa la taza con lo que quedaba del sucedáneo de café que tenía. Juntó los pedazos con el pie. No los recogería: no había nada con que pegarlos ni nada que reparar.

El rostro de Henny a través de la ventanilla del tranvía. ¿Qué estaría haciendo en el puente el día de Nochevieja? ¿Estaría pensando en Lud, que había muerto atropellado allí? Pero ella tenía a Ernst, con el que seguro que estaba a cubierto en alguna parte. Ernst, el denunciante. Henny lo sabía. Käthe no paraba de musitar esas palabras desde enero de 1945, como si fuesen las cuentas de un rosario.

—No quiero saber más de ti, Henny —dijo en voz alta en la cabaña. En voz alta y a solas. Pero no se podía permitir sentir añoranza. Ni de Rudi ni de Anna, y desde luego no de Henny.

Se levantó y se puso otra chaqueta de punto. Qué marzo tan frío. Pero eso también lo soportaría. Sabía bien lo que era pasar frío.

En un primer momento había vivido en una barca anclada en el Dove Elbe, más una ruina que un hogar seguro. Daba la impresión de que no era de nadie, quizá su dueño la hubiera abandonado o hubiese muerto hacía tiempo. Era una ironía de la vida que Neuengamme estuviese tan cerca. Si extendía la mano casi podía tocarlo.

—He visto la cuerda donde tiendes la ropa —dijo la mujer que estaba en la encharcada pradera, a la orilla, a principios del primer invierno que Käthe pasaba en Hamburgo—. Puedo ofrecerte algo mejor. Para vivir, me refiero.

—¿Por qué yo? —preguntó Käthe cuando la mujer la llevó hasta la cabaña de la parcela, no muy lejos de la barca, en Moorfleet.

—Porque me voy a vivir con Helmut —le respondió—. Pero

puedes quedarte en la cabaña y me la cuidas, por si sale mal. No tienes pinta de ser de las que engañan.

Después Käthe no volvió a saber nada de la mujer, que se llamaba Kitty.

Y ahora el doctor había desaparecido del mapa, lo que significaba la cárcel y la retirada de su licencia de médico. Y seguro que la bolsita donde guardaba los billetes para ella había desaparecido también.

Käthe no sabía cómo iba a seguir adelante. Quizá fuera mejor poner fin a su vida.

La última vez que había hablado con Elisabeth había sido a principios de enero, para desearle un feliz Año Nuevo y contarle lo que había visto Henny en el puente. ¿Por qué seguía acelerándosele el corazón cuando lo ponían con Bristol? Su relación había dado paso hacía tiempo a una simple amistad.

—¿No se sabe nada nuevo de Käthe y de Rudi? —preguntó Elisabeth.

—No —contestó Theo—. ¿Qué tal estáis vosotros?

—Muy bien. Disfrutamos de la compañía de *Jack*.

¿*Jack*?

—¿Quién es *Jack*? —quiso saber.

—*Oh, sorry*, Theo. Olvidé mencionarlo: *Jack* vino a casa en febrero. Es un foxterrier.

¿Qué querían decirle todos esos perros? No era necesario hacerse con uno propio: *Goliath*, el dogo, había vuelto a visitar el jardín por la mañana.

—Un foxterrier —repitió Theo. Habría pensado que a Elisabeth le pegaba más un pequeño lebrél italiano: delgado y de patas largas—. ¿Por qué no dijiste nunca que querías un perro cuando estábamos casados?

—En Inglaterra es mucho más normal. Además, los tiempos que vivimos tú y yo no eran los más adecuados para ampliar la familia.

Sí, en eso tenía razón. El hecho de que Elisabeth dependiera de la mano protectora aria de Theo había perjudicado a su matrimonio.

—Alessandro está en Hamburgo —le contó Theo—. Confía en que desde aquí sea más fácil ponerse en contacto con Rudi.

—Eso dio a entender la última vez que hablamos.

De manera que seguían en contacto, Garuti no lo había mencionado. Quizá fuese algo de lo más natural para él.

—Dale muchos recuerdos de mi parte —pidió Elisabeth—. *Poor Alessandro*. Espero de corazón que ambos regresen pronto.

Resultaba extraño que intercalara una frase así, repleta de buenos deseos para Alessandro y Rudi. Claro que Elisabeth Bernard, antes Unger, empezaba a ser inglesa.

—¿Te arrepientes, papá?

—Ni lo más mínimo —replicó Joachim Stein, dirigiendo una mirada afectuosa a su hija.

Tenía ochenta y un años y, pese a ello, se había atrevido a deshacerse de su casa en Colonia en la Rautenstrauchstrasse. La venta lo había convertido en un hombre acomodado, ahora que el marco alemán era una moneda estable.

—Y ¿de verdad quieres invertir tu dinero en nuestra librería?

—¿Se puede saber qué te pasa, Louise? Siempre se te ha dado bien tanto dar como tomar. —Él se rio.

Louise contempló el perfil de su padre, la imponente nariz, cuyo tamaño había heredado ella. Parecía un romano de la Antigüedad, coloniense desde hacía muchas generaciones. Apenas le quedaba pelo en la cabeza, lo cual le confería un aspecto más

expresivo aún. Tieso como un palo, Stein se hallaba junto a la balaustrada del puente de Lombardo, mirando a la avenida Jungfernstieg. Durante un instante pareció triste.

Y eso que Joachim Stein no pensaba en la casa del barrio de Lindenthal, donde había vivido tantos años con su mujer Grete. Ni siquiera en que Grete había fallecido en Colonia en un bombardeo. Sólo veía que el mundo seguía estando demasiado en ruinas. Tanto mejor si contribuía a su construcción.

—Me preocupa que no pienses lo suficiente en ti.

—Esto que hago es puro egoísmo —aseguró Stein.

Le profesaba un gran afecto a Lina, compañera sentimental de Louise desde hacía muchos años. Momme, el socio de ambas, también le gustaba. Y estos eran argumentos a favor para desempeñar el papel de mecenas en la librería Landmann, con el objeto de ampliarla y modernizarla en el edificio, dañado por las bombas, que se alzaba en la plaza Gänsemarkt. ¿Acaso Grete no le reprochaba a menudo a su marido, profesor de Filosofía, que vivía en una torre de marfil? Ahora Joachim se hallaba inmerso en la vida.

El pisito de la Hartungstrasse, entre el barrio de Grindel y la Rothenbaumchaussee, ya le resultaba familiar, como la destruida Hamburgo, apenas más ajena que su destruida ciudad natal.

«Demasiado tarde para empezar de nuevo, Jo», le había dicho su viejo amigo y médico de cabecera. Menuda bobada.

—Mesas a las que se pueda sentar la clientela para echar un vistazo —propuso el padre de Louise—, como en una biblioteca.

—Para eso no hay sitio —objetó ella.

—Pues entonces mesas altas, como el atril de un aula.

No era mala idea. A ver qué opinaban Lina y Momme. Quizá hubiese mobiliario de más en los sótanos de las escuelas; muchas no habían sido reconstruidas.

Louise intuía lo que diría Lina: nada viejo ni chamuscado. Lina anhelaba la llegada de lo nuevo, le parecía bien derribar las fachadas que habían quedado en pie y sustituirlas por monótonas casas de ladrillo.

Las fachadas de la calle Immenhof podían engañar a alguien que pasara por delante con prisa. A la vuelta de la esquina antes vivía Henny, la cuñada de Lina. En los balcones aún había escobas. Espalderas de hierro por las que trepaban clemátides secas, hiedra. ¿De verdad no se podían salvar esas casas? ¿Añadir lo nuevo a las fachadas antiguas?

Louise estaba sorprendida consigo misma porque precisamente ella preferiera preservar, ya que nunca se había aferrado al pasado.

—Vayamos a tomar un cóctel —propuso Joachim Stein, retirando las manos de la balaustrada del puente de Lombardo—. ¿O es que has perdido la costumbre?

—En absoluto —aseguró Louise.

—¿Adónde podemos ir?

—Si no es muy lejos para ti, a L'Arronge.

—Acabo de redescubrir las distancias largas, permiten dar muchos pasos —dijo su padre.

Momme abrió la caja de cartón y empezó a sacar los libros, veinticuatro ejemplares más de *A espaldas de Dios*, de Bastian Müller, una novela en gran parte autobiográfica. El escritor había nacido en 1912, el mismo año que Momme; aún era un hombre joven. La novela se vendía bien, ésa era la tercera edición y cabía esperar que pronto llegara la cuarta, aunque las opiniones estaban divididas. Las reseñas decían que era literatura antibélica, sus declaraciones más consecuentes aún que las de *Sin novedad en el frente*, de Remarque, y ése ya era motivo

suficiente para que los retrógrados pusieran el grito en el cielo, pues se barruntaban traición. Pero ¿traición a quién?

Las ventas en la librería Landmann de la Rathausmarkt, la plaza del Ayuntamiento, continuaban, la mudanza a la Gänsemarkt se retrasaba. Los daños que había sufrido la casa de cinco plantas de la época fundacional eran más graves de lo que pensaban, aunque pareciese intacta en esa vecindad en ruinas.

A decir verdad, el establecimiento de la Rathausmarkt era una barraca, de la primera planta sólo quedaba en pie lo suficiente para que la lluvia no les cayese encima.

Los escombros habían desaparecido, Hamburgo era una ciudad de espacios desiertos, con cobertizos alzándose en generosos solares en zonas privilegiadas. La calle Ferdinandstrasse había sido la primera en despejarse, para permitir el paso a la Rathausmarkt de las líneas de tranvía 16, 18 y 22. Y poco a poco también iban desapareciendo las soluciones provisionales, comercios como el suyo, que sólo tenían la planta baja, y eso que las marquesinas los dotaban de una apariencia casi elegante.

¿Qué había dicho Max Brauer, el alcalde de Hamburgo? Que la reconstrucción también era una reconstrucción espiritual, similar a la que propugnaba Lichtwark. Alfred Lichtwark, el partidario de la pedagogía reformista, primer director del Kunstthalle y héroe de Lina en la historia y el presente.

Lina florecía. Tenía pensado organizar una sección independiente de tomos de arte en el establecimiento, de mayor tamaño, de la Gänsemarkt. La escuela se había acabado para la catedrática de secundaria.

Momme sonrió. De haberle interesado los hombres a Lina, sin duda él habría probado suerte tiempo atrás, cuando la conoció en la pensión de Guste. Lina le había resultado tremendamente atractiva, pese a los trece años que le sacaba. Pero ella ya estaba comprometida con Louise desde hacía cuatro.

No conocía al hombre que entró en la librería. Un caballero, no cabía duda. Se dirigió hacia la mesita en la que estaba la poesía, un tomo de Heinrich Heine de la editorial Vier Falken, que cogió para hojearlo.

—Da la impresión de que el papel ha salido del cubo de la basura —comentó Friedrich Campmann.

Era evidente que los primeros años de posguerra habían terminado, pensó Momme. La gente ya no se conformaba con lo que se le ofrecía.

Lo sorprendió que el caballero comprase la novela de Bastian Müller.

—Eres un monito de imitación —observó Ida situándose detrás de su hija, que ahora la miraba furiosa.

Florentine odiaba que la acusasen de vanidosa. Tenía los ojos azules de Ida, su rasgado apenas dejaba entrever la herencia china de su padre. A decir verdad, ésta sólo se reflejaba en el cabello negro acharolado que, sin embargo, confería un encanto ajeno a la belleza de la niña, que a sus ocho años era consciente de la impresión que causaba. No era de extrañar, puesto que Tian se lo confirmaba a diario.

De no haber tenido Ida ya cuarenta años cuando Florentine llegó al mundo, entre su hija y ella habría surgido una rivalidad producto de los celos, pero, Ida, que años después de que la niña naciera siguió siendo la esposa de Friedrich Campmann sobre el papel, pensaba que la vida la había mejorado.

Lo cierto era que podía agradecer a Campmann que no la hubiese apremiado para solicitar el divorcio ni hubiese negado su paternidad: si los nazis hubieran sabido cuáles eran los lazos familiares que los unían, habrían expulsado a Tian del país o lo habrían metido en un campo de concentración.

—Deja que te abrace —pidió Ida—. No lo digo con mala intención.

Florentine se zafó de su madre y bajó la escalera. Ida se acercó a la ventana y contempló el amplio jardín de la villa de dos plantas de la pensión. Los groselleros todavía estaban pelados, por el cobertizo no trepaba la madre selva, sólo el columpio parecía preparado. De un momento a otro Florentine aparecería allí abajo y se columpiaría con furia, hasta que se le pasara el enfado. Teniendo en cuenta la temperatura que hacía, no le duraría mucho.

En efecto, allí estaba, pero alguien la distrajo y se volvió de buen grado. Probablemente Guste se hallara asomada a la ventana de su habitación, que daba al jardín. Después de Tian, era la que más cariño le dispensaba a Florentine.

¿Qué hizo que la niña volviera a entrar en la casa? ¿Un bizcocho que había horneado Guste? ¿Tela para un vestido que sacaba de un cajón para sentarse delante de la máquina de coser?

Guste confeccionaba vestidos con faldas acampanadas y chaquetas ceñidas en la cintura con sobrefalda para Ida. Cosía las camisas blancas sin cuello que le gustaban a Tian. Y para Momme, camisas con cuello. Momme, que vivía en las dos habitaciones de la buhardilla, con distintas damas.

Guste guardaba las telas más bonitas para vestir a Florentine, para que la muñequita de cabello brillante pasara más tiempo aún ante el espejo. La mesa del salón grande, que en su día utilizaban los huéspedes de la pensión de Guste, se había convertido en un taller de costura. Las comidas se tomaban desde hacía ya tiempo en la cocina del sótano.

Ida dejó escapar un suspiro. ¿Estaba celosa, después de todo? De vez en cuando la asaltaban recuerdos de la criatura nacarada que había sido en su día. Antes todo en su vida era rosa y nuevo. Después su padre la vendió a Campmann, e Ida pasó diecisiete

años suspirando por Tian. Quizá esa época de anhelo hubiera sido la mejor de su vida.

Guste maldijo en voz alta justo cuando entró Ida. Bajo la aguja de la máquina de coser había organdí, que se manejaba mal; ya había tenido que enhebrar de nuevo dos veces.

—¿Te aburres? —preguntó Guste.

Ida miró a su hija, a la que sin duda iba dirigida la pregunta, pero Florentine estaba sentada en la alfombra, hojeando la revista *Constanze*. ¿Le interesaba a ella la moda cuando tenía la edad de Florentine?

—Estoy hablando contigo, Ida. Desde que Tian vuelve a pasar seis días a la semana en la factoría, no sabes qué hacer.

—La niña sólo quiere estar aquí abajo en cuanto sale de la escuela. —Ida fue consciente del tono de reproche que destilaba su voz.

—Ahora que lo pienso, en la habitación contigua a la cocina se va a instalar alguien —recordó Guste—. En ella todavía hay muebles de tu padre. Mira a ver si quieres algo.

—¿Y quién se va a mudar aquí?

Guste se encogió de hombros.

—Es cosa de la oficina de la vivienda.

—¿No sabes quién va a venir?

—Es probable que algún prisionero de guerra, que ha vuelto.

—¿De Hamburgo? ¿No tiene familia?

—Ya nos lo contará cuando esté aquí —repuso Guste, cortando un hilo con los dientes.

—Espero que sea simpático —dijo Florentine, que acto seguido se levantó y le enseñó la revista a Guste—. Así quiero el vestido.

Ella le echó un vistazo a la foto.

—Pues ya puedes ir haciendo algo para llenar ese escote.

Campmann volvió de su pausa para el almuerzo, que solía cumplir con precisión de relojero, como todos los empleados del Banco de Dresde. Se sentó a su mesa y dejó encima la novela de Bastian Müller. ¿Por qué la había comprado? No era la clase de literatura que le gustaba.

¿Quería demostrar que en él se había obrado un cambio? No era preciso que lo hiciera, ya lo habían desnacificado.

De cuando en cuando pensaba en Ida, y en esos casos se proponía invitar a la nueva secretaria que ocupaba el antedespacho a tomar un cóctel a L'Arronge. Era una lástima que los británicos no permitieran aún la entrada a los alemanes al Vier Jahreszeiten.

La nueva del antedespacho le gustaba. Esa criatura tenía clase. Era hija de un hacendado de Prusia Oriental, espigada, con un cabello rubio que siempre llevaba muy corto, al revés de la moda, según la cual lo imperante eran ondas suaves en todas las cabezas.

¿Qué habría sido de Joan? Ni siquiera al término de la guerra había vuelto a saber nada de su amante norteamericana. Ella también poseía la aspereza y, sin embargo, la pasión que Friedrich Campmann presuponía a la señorita Von Mach.

A decir verdad, llevaba años en un barbecho erótico, picando aquí y allá, pero sin nada serio. Nada le habría gustado más que volver a tener a su lado a una esposa, sin duda también le haría bien a su reputación en el banco. A director no llegaría ya, sus contactos con Goebbels habían sido demasiado buenos para que tal cosa sucediera, eso era algo que se sabía internamente, pero el puesto que ocupaba en la actualidad bastaba para proporcionarle esplendor y gloria.

Levantó la vista cuando la señorita Von Mach entró en el despacho para presentarle la carpeta de documentos que él debía firmar.

—¿Le apetecería tomar un cóctel al término de la jornada?
—preguntó Campmann.

Se esperaba un rubor, o quizá incluso que su delicada tez se volviera más blanca aún. Sin embargo, la sonrisa que esbozó la muchacha lo desconcertó. Anette von Mach no daba la impresión de estar sorprendida en modo alguno, su sonrisa incluso parecía dar a entender que sabía más que él.

Alex Kortenbach regresaba ahora que la guerra había terminado, pero no venía de un campo de prisioneros, a no ser que su exilio fuera eso. Parecía más joven de lo que era en realidad, algo que lo incomodaba en los albores de la edad adulta. Ahora agradecía que no se le notaran los años que tenía.

Ya en 1933, cuando era un muchacho de dieciséis años, supo que no podría soportar quedarse mucho tiempo en su país natal y tomar parte en una gran injusticia. Ningún otro miembro de su familia fue tan clarividente. ¿Los dejó en la estacada cuando puso tierra de por medio? ¿Habría conseguido sacarlos del sótano aquella noche infausta?

Cuando abandonó Alemania, Kortenbach creía que algún día volvería a abrazar a su familia. No podía imaginarse que toda ella moriría quemada en un sótano. El 24 de julio era el cumpleaños de su hermana mayor. El día de su trigésimo cumpleaños, la familia al completo se hallaba reunida en casa de sus padres, en Hoheluft, para felicitar a la hija, incluido su marido, que estaba de permiso. Posiblemente corriera el cúmél en los brindis, como era habitual en ellos, acompañado de los emparejados que preparaba su madre.

Hasta meses después Alex Kortenbach no supo de los bombardeos que se sucedieron en julio de 1943, de la tormenta de

fuego que arrasó Hamburgo. Un marinero sueco entró en el bar de Bahía Blanca donde él tocaba el piano. El sueco informó de lo sucedido no hacía mucho como si fuese un cantautor ambulante.

Tras la guerra recibió la confirmación de que habían muerto todos. No tenía sentido volver a casa. Sin embargo, ahora había decidido regresar de Argentina a Hamburgo para terminar allí su vida.

En el hogar de solteros encontró un sitio donde dormir, y durante las primeras semanas rara vez salió del barrio chino de St. Pauli, junto al puerto. Ya no conocía la ciudad en la que había nacido y crecido.

Ese día se había atrevido por primera vez a dar un paseo por las calles de los barrios de Hoheluft y Eimsbüttel. Había vuelto a la Rothenbaumchaussee por la derruida calle Grindelberg y había acabado delante de la casa de la Johnsallee, cuya dirección figuraba en el papel que llevaba en el bolsillo de los pantalones desde hacía días.

Alex Kortenbach tenía treinta y un años cuando entró en la casa de Guste. También ella pensó que era mucho más joven y se mostró dispuesta de todo corazón a admitir a un nuevo polluelo en su nido.

¿De qué servía tener los mejores contactos cuando lo único que conseguía en lo tocante a Rudi era que le recomendaran consultar el fichero de las autoridades locales, acudir al servicio de búsqueda de la Cruz Roja o, en el mejor de los casos, le aconsejaran dirigirse a la Administración Militar Soviética en Berlín Este? Se creía que unos doscientos mil soldados prisioneros de guerra seguían en Rusia.

«Se supone que deberían regresar en el curso de este año»,

dijo el gobernador civil de Hamburgo, y mencionó el nombre del consejero soviético en Berlín.

Lo único que sabía Garuti del tal Vladímir Semiónov era que no escatimaba esfuerzos para controlar también Berlín Oeste. A Semiónov se lo consideraba uno de los ideólogos del bloqueo que, desde junio de 1948, empujaba a Berlín a la hambruna. El abastecimiento sólo era posible mediante un puente aéreo, los aviones de los aliados occidentales volaban a diario a la ciudad, y aun así sus habitantes tenían privaciones.

Garuti daba vueltas por el salón de Theo, inquieto. Se detuvo ante la *Naturaleza muerta con figura negra*, de Emil Maetzel.

—Los rusos se reirán como una manada de leones cuando pregunte por Rudi y pida que lo liberen —aseguró.

Theo Unger no había oído nunca lo de reírse como una manada de leones, quizá fuese un dicho italiano o Garuti se hubiese sentido inspirado al ver el cuadro de aire africano de Maetzel, pero compartía la opinión de que de esa forma no adelantarían nada la vuelta de Rudi.

—¿Qué ha sido del retrato doble que colgaba aquí antes? —quiso saber el italiano—. ¿Se lo llevó Elisabeth?

—Su sitio está en su casa. Las retratadas son su madre y su tía. Garuti asintió.

—¿Y este lienzo?

—Pertenece a mi colega y amigo el doctor Kurt Landmann.

—¿El que se quitó la vida?

—Sí —confirmó Unger—. En otoño de 1938, después de que los nazis le retiraran la licencia para ejercer la medicina por ser judío.

Garuti exhaló un hondo suspiro.

—¿Conservas la postal? —preguntó.

Unger supo a qué se refería Garuti: la postal que le llegó en

junio del año anterior a través de Campmann, el primer marido de Ida, para el que cocinaba Anna, la suegra de Rudi.

El señor don Rudi Odefey me ha encomendado que les comunique que se encuentra en un campo de prisioneros de guerra ruso en los Urales y se ve obligado a realizar trabajos forzados en una mina. Yo mismo estuve preso en ese campo hasta abril.

GEZ.

La postal estaba firmada con un nombre corriente, no tenía dirección y el matasellos estaba borroso.

—Parece que teníais buenos motivos para no acudir de inmediato al servicio de búsqueda —observó Garuti.

—Sí, nos preocupaba que Rudi perdiera las ganas de vivir si se enteraba de que Käthe había desaparecido.

Alessandro Garuti asintió, aunque ya entonces puso en duda esa decisión.

—Debo confesaros algo —dijo—. A pesar de vuestras objeciones, me puse en contacto con la Cruz Roja en cuanto tuve conocimiento de esa postal. Por desgracia, de manera infructuosa: había demasiados campos.

Unger recibió la confesión casi con alivio: había sido un error no intentar ponerse en contacto cuanto antes. Fue hasta su escritorio, abrió el primer cajón y sacó la postal.

Garuti le dio la vuelta, como tantas veces habían hecho Henry y Theo. Lo único que habían conseguido con ello había sido sobar más aún el fino papel.

—¿Es mala señal que Rudi no escriba? —preguntó Unger. Alessandro Garuti desechó tan desconsolado pensamiento.

—Apenas hay correo —respondió—. He oído hablar de campos de silencio. Ni salen ni entran noticias en ellos.